

## Reseñas

Homero, José. *Vista envés de un cuerpo*. Veracruz: Universidad Veracruzana, Colección Ficción, 2000.

Con frecuencia, ciertos sectores de la crítica literaria evitan encasillar la obra de un autor en determinado estilo o corriente bajo el argumento de que este hecho crea prejuicios y predispone al lector, limitando así la libertad de la que toda obra de arte debe gozar. Lo curioso es que, al paso del tiempo, son esos mismos sectores los que se encargan de organizar a los autores y sus obras dentro de una clasificación indiscutible, pues, consideran, es uno de los atributos de la crítica cuando el sujeto taxonomizable por antonomasia ya no opone resistencia alguna, y cuando la unificación de criterios les releva de la penosa necesidad de arriesgar. Pero lo cierto es que la obra, cuando bien nacida, marca desde un principio sus límites al tiempo que perfila sus filias, sus deudas y, a fin de cuentas, proyecta su propia luz. En este sentido convendría recordar lo que Northrop Frye apunta en *Fables*: “Sólo pueden hacerse poemas a partir de otros poemas, novelas a partir de otras novelas”, y yo agregaría “estilos a partir de otros estilos”.

Respecto a *Vista envés de un cuerpo*, y sin temor a incurrir en precipitaciones, procedo, pues, a formular una hipótesis: estamos ante una obra fundamentalmente posmoderna. Sabedor del riesgo que entraña utilizar esta última palabra, pues se trata de un término manido y a primera vista vago, procedo a explicarme.

Michel de Certeau, Francis Fukuyama y Gianni Vattimo, entre otros, han afirmado que la era moderna se resquebraja a partir de que la historia pierde sentido en tanto discurso lineal, monolítico y unitario. Esta situación da como resultado la liberación, prácticamente ilimitada, de formas de ver el mundo. El tiempo histórico, en su sentido tradicional, queda abolido y esto permite un acercamiento inusitado entre distintas épocas, formas de vida, costumbres y estilos artísticos. De cierta manera las fronteras temporales desaparecen, y el hombre asiste hoy al principio de lo que, tomándole la palabra a Paz, podríamos llamar “presente perpetuo”.

Inscrito en esta coyuntura, *Vista envés de un cuerpo*, segundo libro de poemas de José Homero, constituye una intrincada red en donde

## HPR/110

el lenguaje se nutre y se conforma a partir del trasiego, de la mezcla; de un ir y venir en el tiempo desarticulando formas, saberes, conceptos, para articular nuevos principios que a su vez servirán de fundamento a otras búsquedas, otras voces, en el entendido de que la inteligencia y la intuición poética del autor para concertar y concretar en acto alquímico tendencias, tentaciones y preferencias quedarán cabalmente acreditadas. Que no será un poemario fácil se advierte ya desde la ambigüedad del título, ambigüedad que irá desarrollándose sobre la base de la polifonía y el contrapunto hasta alcanzar la delimitación de un doble eje temático. ¿Vista en vez (en lugar) de un cuerpo o Vista envés (revés, del otro lado) de un cuerpo? ¿Se privilegia la vista ejecutoriada en la revista (diría Quevedo) o se trata de la exploración del lado oscuro del cuerpo que es, por extensión, el del pensamiento y el de la palabra misma? Como veremos, ambas alternativas son posibles ya que los poemas de José Homero oscilan, en constante movimiento pendular, de la una a la otra.

A lo largo de las seis partes (más el *bonus track*) que conforman el libro, hay momentos en los que el deseo insatisfecho, la imposibilidad inmediata agravada por la intensidad de la ausencia, deviene visión reveladora; y aunque a veces aquella contrariedad inicial surge envuelta en la niebla de un pertinaz desencanto, el trazo lírico no pierde la vitalidad que le imprime el poeta que, a la sazón, se sabe en pleno uso de sus facultades verbales:

No podemos tocar con la mirada  
y la mirada no agota esa sed de ser  
que es el deseo  
Se busca  
no el alma  
el cuerpo  
un cuerpo inexistente  
hueco rotundo inerme  
terco en su desafío al desgaste  
contra el tiempo en que uno espera (...)

Mas, es esta misma imposibilidad la que anuncia esa otra clase de cuerpo



## HPR/112

corrosión de los sentidos” sobre calles semidesiertas apenas pobladas por autómatas; sombras que entran a los bares donde habrán de encontrarse con su propia sombra, vampiros interiores y exteriores, en fin, poco lugar encuentra el claroscuro refulgente y la claridad brilla por su ausencia. Habrá acaso un momento, un poema en que la luz aparece en pleno, luz de mañana resplandeciente (*Nigth trippers*), pero sólo para asociarse a rutina y domesticidad. Nostalgia de la noche. Cabe mencionar aquí que, en determinados momentos, la noche de José Homero nos sugiere la noche villaurrutiana; soledad y grito silencioso pero liberador; aliado eficaz para la muerte por un día, necesaria, purificadora muerte, que da pie al debate existencial interior. Hacia el final del libro, sin embargo, el poeta decide abandonar el tono grave (en *Enología* y en *Avatar*, cuando menos) y nos muestra, a través de barrocos divertimentos, un fino sentido del humor, pícaro, erótico, que no impide, más bien favorece, su lucimiento en el manejo de las formas propias de los siglos áureos:

Harto y henchido destes frutos, ahíto  
en levadura y rezumando azúcar,  
ventoso y fatuo el vientre su afección  
proclama. Ínflase el pecho, expándase  
el corazón, múdese a las tripas  
la razón y con ciegos nudos átenme  
a tu imagen, que alrevesada y vuelta  
la lengua tengo por los muchos días  
que tu nombre no escuchas de mis labios.  
Resuene mi resuello en el vacío  
hostal donde reposo y en vano pido  
curación, pues enfermo soy y grave,  
que se ufana y solaza con su pena  
y más que de males ser curado  
la hora inmensa de encontrarte espero  
para escanciar tus odres con el vino  
que he ido madurando en mis barricas (...)

Y ya que de formas hablamos, quisiera decir -es obvio- que José Homero ha cuidado muy bien este aspecto. *Vista envés de un*

## HPR/113

*cuerpo* goza de un ritmo acompasado, inquietante, nunca desbordado, diríamos que entre la *Chacona* (Partita N° 2 en re menor, de Bach) y el blues, gracias a una serie de recursos que van desde una justa dosificación del endecasílabo, hasta el oportuno alejandrino solo, o combinado con hemistiquios en verso de arte menor, entre otros. Hay, por otra parte, una enorme fuerza plástica y sonora en las imágenes producto de felices hallazgos fonético-semánticos, como en el caso de ese maravilloso Hai ku, *Atardecer*, construido, como lo marcan los cánones, siguiendo el formato silábico japonés (5-7-5):

rotas botellas  
sobre el muro de cal  
el sol es rojo

Aquí estalla en líquidas el sonido del cristal al estrellarse, es decir, las consonantes pertenecientes a esta clasificación fonética, laterales por un lado y vibrantes por el otro, producen el efecto sonoro, mientras que las palabras “botellas” y “rojo” expanden sus campos semánticos hasta encontrarse con “vino” y “sangre”, para no ir más lejos en las asociaciones posibles, sin contar con que ese muro de cal nos abre la perspectiva hacia un paisaje mediterráneo. ¿Será un guiño a Pavese?

Como se puede ver, parafraseando a Victor Toledo, el poeta llega a la sincronidad última, esto es, aquella que lo empata con la conciencia poética (él mismo es ya conciencia poética), y no hay marcha atrás en este perfeccionamiento de la razón y del espíritu. Para ello despliega todo el ingenio, todo el artificio que se puede constatar en *Vista envés de un cuerpo* dándole motivos suficientes al lector para creer en la poesía.

En su conocido ensayo *El alma del escritor*, Alexandr Blok escribió: “Hay muchos escritores talentosos, pero no hay ni uno que sea más grande que sí mismo” ¡Cuidado! José Homero está en ello.

Jorge Márquez Murad  
Universidad Veracruzana